

presentó. El monje me trató muy afectuosamente, me felicitó por mi conversión, y me dijo varias cosas sobre mi historia, con que conocí que ella se la había contado detalladamente; luego, dándome dos golpecitos en el carrillo con el revés de la mano, me dijo que fuese bueno, tuviese valor, y que fuese á verle que hablaríamos entrambos más despacio.

Por las atenciones que todos le guardaban juzgué que sería un personaje de consideración, y por el tono paternal con que hablada á la señora de Basile, que era su confesor. Me acuerdo asimismo muy bien de que su decente familiaridad iba mezclada con señales de estimación y aun de respeto hacia su penitente, que me causaron entonces menos impresión de la que me hacen ahora. Si hubiese conocido mejor el mundo, ¡cuánto no me hubiera conmovido ver que merecía el afecto de una mujer joven, respetada por su confesor!

La mesa no era bastante grande, y fué preciso servirse de otra pequeña donde yo estaba en la agradable compañía del señor dependiente. Nada perdí con ello respecto á las atenciones y buena comida; muchos platos vinieron á la mesa pequeña que no iban seguramente encaminados al dependiente. Hasta aquí todo iba bien: las mujeres estaban muy divertidas, los hombres muy galantes, la señora hacía los honores de la mesa con una gracia sorprendente. Á lo mejor de la fiesta oyóse parar un coche á la puerta, y luego alguien que subía; era el señor Basile. Todavía lo estoy viendo, como si fuese ahora, en traje de escarlata (color que desde entonces me ha repugnado) con botones de oro.

Era el señor Basile un hombre alto, buen mozo, que sabía presentarse muy bien. Entró con estruendo y con aire de aquel que sorprende á su gente, aunque no había allí más que amigos suyos. Su mujer le saltó al cuello, le tomó las manos y le hizo mil caricias que él recibió sin devolverle. Saludó á los demás, púsose un cubierto para él y comió. Apenas se había empezado

á hablar de su viaje, cuando dirigiendo la vista á la mesa pequeña, preguntó con tono severo: «¿Quiénes aquel muchacho que veo allá?» Á lo que le contestó ella explicándose con la mayor ingenuidad. Preguntó si vivo en la casa. Dícenle que no. «¿Por qué no? replica groseramente: estando aquí de día bien puede quedarse de noche.» El monje tomó la palabra, y después de un elogio grave y verdadero de la señora, hizo en pocas palabras el mío, añadiendo que, lejos de vituperar la piadosa caridad de su mujer, debía apresurarse á asociarse á ella puesto que en nada se traspasaban los límites de la discreción. El marido contestó con mal humor medio disimulado, contenido por la presencia del monje, pero bastante manifiesto para darme á conocer que tenía instrucciones con respecto á mí y que el dependiente se había despachado á su gusto.

Apenas se había levantado la mesa, cuando me compareció éste con aire de triunfo diciéndome de parte del amo que saliera inmediatamente de su casa y que nunca más volviese á poner los pies en ella, sazonando el mensaje con todo lo que podía hacerlo cruel y humillante. Partí sin decir una palabra, pero con el corazón lacerado, no tanto por tener que apartarme de una mujer tan amable, cuanto por verla presa de la brutalidad de su marido. Sin duda tenía éste razón en no querer que su mujer fuera infiel, mas aunque juiciosa y bien nacida, era italiana, esto es: sensible y vengativa, y él obraba mal, á mi entender, pues empleaba los medios más propios para atraerse la desdicha que temía.

Tal fué el resultado de mi primera aventura. Dos ó tres veces pasé por la calle esperando volver á ver aquella mujer que echaba de menos mi corazón sin tregua, pero en su lugar no hallé más que al marido y al vigilante dependiente que, habiéndome visto, me hizo con la vara de medir un signo más expresivo que halagüeño. Viéndome tan espiado, perdí el valor y no pasé más por allí. Quise á lo menos ir á ver al protector

que ella me había procurado; mas por desgracia ignoraba su nombre. Varias veces rodeé inútilmente el convento buscando nallarle, hasta que al fin otros sucesos me quitaron los grates recuerdos de la señora de Basile, y á poco la olvidé tan completamente, que, tan simple y novicio como antes, ni siquiera me quedó afición á las mujeres hermosas.

Sin embargo, su liberalidad había aumentado un poco mi reducido equipaje, aunque muy modestamente y con la precaución de una mujer prudente que se atenia más á la limpieza que al ornato y que deseaba evitarme sufrimientos y no hacerme lucir. El traje que había traído de Ginebra todavía estaba en buen estado; á él juntó solamente un sombrero y alguna ropa blanca. Yo no tenía puños vueltos, y ella no quiso dárme los por más que mostré deseos de ellos. Contentóse con facilitarme medio de vestir con limpieza; cuidado que no era necesario recomendarme mientras tuve que andar en su presencia.

Pocos días después de esta catástrofe, mi patrona, que como tengo dicho, me había cobrado afecto, me dijo que tal vez me había encontrado una colocación, y que una señora de posición quería verme. Al oír estas palabras creí de veras que iban á comenzar las famosas aventuras, porque esta era siempre mi manía; pero no resultó ni con mucho lo que yo me había figurado. Fui á la casa de aquella señora acompañado por el criado que le había hablado de mí. Me interrogó, me examinó, no le desagradé, y en seguida quedé á su servicio, mas no en calidad de favorito, sino en la de lacayo. Me vistieron del color de sus criados con la única distinción que ellos llevaban agujetas y á mí no me las pusieron, y como en su librea no había galones, resultaba poco más ó menos un traje ordinario. He aquí el inesperado término de mis grandes esperanzas.

La señora condesa de Vercellis, á cuyo servicio entré, era

una viuda sin hijos: su marido era piamontés; á ella la he tenido siempre por saboyana, no pudiendo imaginar que una piamontesa hablara tan bien el francés y tuviese un acento tan puro. Era de mediana edad, noble figura, inteligencia cultivada, aficionada á la literatura francesa, que conocia bastante. Escribía mucho y siempre en francés. Sus cartas tenían e. corte y casi la gracia de las de la señora de Sevigné, de suerte que con algunas de ellas era fácil equivocarse. Mi principal trabajo consistía en escribirlas, dictándome ella, porque no podía hacerlo por sí misma á causa de tener en el seno un cáncer que la hacía sufrir mucho.

La señora de Vercellis tenía no sólo mucho talento, sino también un espíritu fuerte y elevado. Yo presencié su última enfermedad y la vi sufrir y morir sin revelar nunca una señal de debilidad, sin hacer el menor esfuerzo para reprimirse, sin apartarse un ápice de su carácter de mujer, y sin acordarse de que en ello hubiese filosofía, palabra que aun no estaba de moda entonces y ni aun conocia en el sentido que tiene hoy día.

Esta entereza de carácter llegaba á veces hasta la sequedad. Siempre me pareció tan poco sensible para con los otros como para sí misma, y cuando favorecía á los desgraciados era para hacer el bien por ser tal, más que por una verdadera conmiseración. Yo experimenté un tanto esta insensibilidad durante los tres meses que permanecí á su lado. Era natural que se interesase por un joven lleno de esperanzas, á quien tenia constantemente á la vista, y que pensase, sintiéndose morir, que al faltar ella necesitaria protección y apoyo; sin embargo, sea que no me juzgara digno de particular atención, sea que los demás no la dejasen pensar más que en sí mismos, ello es que nada hizo por mí.

Con todo, recuerdo muy bien que había manifestado alguna curiosidad por conocerme. Á veces me hacía preguntas y le agradaba que le enseñase las cartas que dirigía á la señora de

Warens, y le diese á conocer mis sentimientos; mas, para obtenerlo, no seguia ciertamente el buen procedimiento de mostrarme los suyos. Mi corazón era expansivo siempre que hallaba otro que también lo fuese. Las preguntas secas y frias sin ningún signo de aprobación ni de censura á mis respuestas no me inspiraban ninguna confianza. Cuando nada me indicaba si mi conversacion le era grata ó no, estaba siempre temeroso, y más bien procuraba no decir nada que me pudiese dañar que manifestar mi pensamiento. Posteriormente he observado que este modo seco de interrogar á las personas para conocerlas, es un vicio bastante común en las mujeres que se precian de tener talento. Se imaginan que, no dejando aparecer su modo de sentir, lograrán penetrar el de los demás; pero no comprenden que de este modo le quitan á uno el valor para exponerlo. Sólo por esta causa la persona á quien se interroga comienza á ponerse en guardia, y si cree que, sin tomarse por ella un interés verdadero, no se desea más que hacerla hablar, miente ó se calla ó anda con tiento exquisito prefiriendo pasar por tonta á ser juguete de la sola curiosidad. En fin, siempre es un mal sistema para leer en el corazón de los otros dejar á conocer que se oculta el propio.

La señora de Vereellis nunca me dijo una palabra que revelase afección, ni piedad, ni benevolencia. Me interrogaba friamente, yo respondía con reserva. Mis respuestas eran tan tímidas que debió hallarlas insulsas y se fastidió, no preguntándome ya nada hacia la postre, ni hablándome más que para que la sirviera. Me juzgaba menos por lo que yo era que por lo que había hecho de mí, y á fuerza de no ver en mí más que un lacayo, no pude parecerle ya otra cosa.

Creo que desde entonces experimenté este juego maligno de las miras ocultas que ha perturbado toda mi vida y me ha inspirado una aversión muy natural hacia el orden aparente que los produce. No teniendo hijos la señora de Vereellis, la here-

daba su sobrino el conde de la Roque que le hacia la corte asiduamente. Fuera de éste, sus criados principales, que veían su fin cercano, no se descuidaban, y habia tantos officiosos junto á ella que difícilmente podia quedarle tiempo para acordarse de mí. Estaba al frente de todo en su casa un cierto señor Lorenzi, hombre mañoso, cuya mujer, más ladina aún, habia sabido granjearse tan bien la voluntad de su ama, que estaba en su casa más bien como una amiga que á guisa de sirvienta. Le habia llevado por camarera una sobrina suya llamada señorita Pontal, muchacha astuta que se daba aires de doncella acompañante y ayudaba á su tía á asediar tan bien á su ama, que ésta no veía más que por sus ojos ni obraba más que por sus manos.

Yo tuve el honor de no agadar á estas tres personas: las obedecía, pero no las servia ni pensaba que además de servir á nuestra común ama tuviese también que ser criado de sus criados. Por otra parte era yo para ellos una especie de personaje que les tenia intranquilos. Veían perfectamente que no estaba en el lugar que me correspondía, y temieron que también lo viesse la señora y que lo que hiciese para colocarme convenientemente disminuiría sus porciones; porque esta clase de gente, harto voraces y codiciosas para ser justas, miran todos los legados hechos á otros como usurpaciones de su parte. Así pues, se confabularon para apartarme de su vista. Le gustaba escribir cartas, era en su estado una distracción para ella, pues se lo hicieron desagradable y lograron que se lo prohibiera el médico persuadiéndola de que la fatigaba. So pretexto de que yo no sabia cuidarla, en lugar mío pusieron dos palurdos de portasillas para servirla; en fin se manejaron tan bien, que cuando se formuló el testamento hacia ocho dias que yo no habia estado en su cuarto. Verdad es que después de esto entraba allí lo mismo que antes y aun fui más asiduo que otro alguno, porque los padecimientos de aquella pobre

mujer me desgarraban el corazón; la constancia con que los sufría me la hacían en extremo respetable y cara, y en su cuarto he derramado muchas lágrimas sinceras sin que ni ella ni nadie lo notase.

En fin, la perdimos para siempre. Yo la vi expirar. Su vida había sido la de una mujer de talento y de juicio; su muerte fué la de un sabio. Puede decirse que ella me hizo amable la religión católica por la serenidad de espíritu con que llenó sus deberes sin descuido, ni afectación. Era naturalmente seria, y hacia el fin de su existencia tuvo una especie de alegría harto uniforme para ser fingida y que no era otra cosa sino compensación de la razón misma por la tristeza de su vida. Sólo guardó cama los dos días precedentes al de su muerte, y nunca dejó de conversar con todo el mundo. Cuando ya dejó de hablar, y ya en las ansias de la muerte hizo una ruidosa ventosidad, y volviéndose dijo: «¡Bueno! mujer que ventosea no está muerta.» Éstas fueron sus últimas palabras.

Había legado á sus criados inferiores un año de sueldo, mas no hallándoseme incluido en la lista de sus servidores no tuve nada. No obstante, el conde de la Roque me hizo dar treinta libras y me dejó el vestido nuevo que llevaba puesto y que el señor Lorenzi quería quitarme. Prometiéndome además que me colocaría, permitiéndome que fuese á verle. Fui dos ó tres veces sin que pudiera lograrlo, y como á mí poco me costaba amostazarme, no volví más. Luego se verá que hice muy mal.

¡Cuánto siento que no sea esto todo lo que tenía que decir de mi residencia en casa de la señora de Vercellis! Pero si en la apariencia mi situación siguió siendo la misma, no sali de su casa tal cual había entrado. Lléveme de allí el indeleble recuerdo del crimen y el insoponible peso del remordimiento, de que, después de cuarenta años, todavía mi conciencia está oprimida, pesar amargo que lejos de debilitarse se irrita á medida que voy envejeciendo. ¿Quién diría que el delito de

un niño pudiese tener tan crueles consecuencias? De estas consecuencias más que probables, es de lo que mi corazón no podría consolarse. Tal vez he hecho morir en el oprobio y la miseria á una niña amable, honrada, apreciable y que seguramente valía mucho más que yo.

Es muy difícil que la disolución de una casa no lleve consigo alguna confusión y que no se pierdan muchas cosas: sin embargo, tal era la fidelidad de los criados y la vigilancia del señor y la señora Lorenzi que nada se halló faltar en el inventario. Sólo la señorita Pontal perdió una cintita rosa y plata ya usada. Podía haber echado mano de innumerables cosas mucho mejores; pero sólo me tentó aquella cinta; la cogí, y como no tenía gran cuidado en ocultarla en seguida, me la encontraron. Quisieron saber dónde la había hallado. Yo me turbé, balbuceé y al fin dije, poniéndome como una grana, que Mariquita me la había dado. Mariquita era una joven mauriciense que había puesto de cocinera la señora de Vercellis cuando, cesando de dar comidas, había despedido la suya porque necesitaba un buen caldo más bien que sabrosos manjares. No solamente era una muchacha bonita, sino que tenía una frescura de color que no se halla más que en las montañas, y sobre todo un ademán tan modesto que no era posible verla sin amarla, siendo por otra parte buena, discreta y de una probidad á toda prueba. Por esto al nombrarla quedaron todos sorprendidos; mas como yo gozaba igual confianza, fué del caso averiguar cuál de los dos era el culpable. Hicieronla comparecer; la asamblea era numerosa, el conde de la Roque estaba presente. Así que llegó le mostraron la cinta, y yo la acusé descaradamente: ella quedó aterrada, se calló, y me dirigió una mirada que habría desarmado al mismo diablo, pero á que mi bárbaro corazón pudo resistir. En fin, negó con firmeza, aunque sin enojo, me apostrofó, me exortó á que volviese en mí y me dijo que no deshonrase á una joven inocente

que ningún daño me había hecho; mas yo, con una impudencia infernal, confirmé mi declaración y sostuve cara á cara que ella me regaló la cinta. La pobre niña se echó á llorar, y no me dijo más que estas palabras: «¡ Ah Rousseau, yo había creído que erais bueno! ¡ Cuán desdichada me hacéis, pero yo no quisiera estar en lugar vuestro! » Nada más. Continuó defendiéndose con tanta sencillez como firmeza, pero sin permitirse la menor invectiva contra mí. Esta misma moderación, comparada con mi tono resuelto le hizo daño, pues no parecía natural suponer de una parte tan diabólica audacia y tan angelical dulzura de la otra. Con todo esto no se falló terminantemente la cuestión, pero las apariencias inclinaban los ánimos en favor mío: con el trastorno que habia, no se detuvieron á deslindar la verdad, y el conde se contentó con decir, despidiéndonos á los dos, que la conciencia del culpable vengaría al inocente. No ha sido vana su predicción, porque ni un solo día deja de cumplirse.

Ignoro lo que ha sido de esta víctima de mi calumnia, mas no es de suponer que con aquel antecedente hallase con facilidad una buena colocación. Pesaba sobre su honor una acusación terrible bajo todos conceptos. El robo no era más que una bagatela; pero al fin era un robo, y, lo que es peor, verificado para seducir á un joven; luego, ¿qué podía esperarse de la mentira y terquedad de quien tantos vicios reunía? Aun la miseria y el abandono á que la expuse no son los mayores peligros; ¿quién sabe á donde pudo conducirla en aquella edad el desaliento de la inocencia envilecida? Y si el remordimiento de haber podido hacerla desgraciada es insoportable, júzguese cómo será el de haber podido hacerla peor que yo.

Á veces este recuerdo me conturba y me trastorna hasta el punto de ver en mis insomnios venir hacia mí aquella pobre niña á reprocharme mi crimen como si lo hubiese cometido el día anterior. Mientras ne vivido con tranquilidad poco me ha

atormentado, pero en medio de una vida borrascosa, me arrebató el consuelo más dulce la imagen de la inocencia perseguida, haciéndome experimentar lo que creo haber dicho en alguna obra: que los remordimientos se adormecen en el estado próspero y en la adversidad se recrudecen. Nunca he podido resolverme á aliviar mi corazón de este enorme peso, confesando mi culpa en el seno de un amigo; ni la confianza de la mayor intimidad me lo ha arrancado nunca, ni siquiera la señora de Warens. Todo lo que he podido hacer ha sido confesar qué tenia que reprocharme una acción atroz; pero nunca dije en qué consistía. Por lo tanto, hasta hoy ha permanecido sin aligerarse mi conciencia, y puedo asegurar que el anhelo de libertarme de él en cierto modo ha contribuido á la resolución de escribir mis confesiones.

Lisa y llanamente he expuesto la que acabo de hacer, y á buen seguro, no dirá nadie que he procurado paliar la fealdad de mi delito. Pero faltaria al objeto de este libro si no manifestara la disposición de mi ánimo, y temiese excusarme conforme á la verdad. Nunca ha estado la malicia más lejos de mí que en aquel cruel momento: cuando calumniaba á esa desdichada joven — será extravagante, pero es la verdad — fué por causa del amor que le tenía. Me excusé con la primera persona que se me ocurrió, y ella ocupaba mi mente. Acuséla de haber hecho lo que yo queria hacer: haberme dado la cinta, porque yo queria dársela. Así, cuando la vi comparecer se me desgarró el corazón, mas la presencia de tanta gente pudo más que mi arrepentimiento. Poco miedo me daba el castigo, sólo la vergüenza me causaba espanto, pero la temía más que la muerte, más que el crimen, más que todo lo del mundo. Hubiera querido hundirme y ahogarme en el centro de la tierra. La invencible vergüenza imperó sobre todo, ella sola fué causa de mi impudencia, y cuanto más criminal era, tanto más osado me hacia el temor de confesarlo. Nada más

veía sino el horror de verme reconocido y públicamente declarado, en presencia mía, por ladrón, mentiroso, calumniador. Una turbación general me tenía ajeno á todo sentimiento fuera de éste. Sin duda habría declarado la verdad si me hubiesen dejado volver en mí, si el señor de la Roque me hubiese llamado aparte y me hubiese dicho : « No perdáis á esta pobre niña; si sois culpable confiádmelo á mí ; » inmediatamente me hubiera echado á sus plantas, estoy seguro de ello; mas no hicieron sino intimidarme cuando debían haberme alentado. También hay que tener en cuenta la edad; yo apenas habia salido de la infancia, ó mejor, estaba en ella todavía. Las verdaderas maldades son en la juventud aun más criminales que en la edad adulta; pero lo que es debilidad únicamente, lo es mucho menos, y en el fondo casi no era otra cosa mi delito. Así es que su recuerdo me aflige menos por lo el mal que era en sí, que por el que debe haber causado, y todavía le debo un bien : guardarme para siempre jamás de toda acción que tendiese al crimen, por consecuencia de la terrible impresión que me ha dejado el único que en la vida he cometido; y conozco que mi aversión á la mentira proviene en grande parte del sentimiento de haber llegado á decir una tan enorme. Si es un crimen que puede ser expiado, como me atrevo á creerlo, debe haberlo sido por el cúmulo de males que me agobian hacia el fin de mi existencia, por cuarenta años de probidad y honradez en circunstancias difíciles; y la pobre Mariquita halla tantos vengadores en este mundo, que por grande que fuese el agravio que por mí le fué inferido, no temo mucho llevar conmigo el pecado. He ahí cuanto sobre este asunto tenía que decir. Séame permitido no volver á hablar de ello jamás.

## LIBRO TERCERO

(1728 á 1731.)

Habiendo salido de la casa de la señora de Vercellis poco más ó menos tal como habia entrado en ella, volví á la de mi antigua patrona, donde permanecí unas seis semanas, durante cuyo tiempo la salud, la juventud y la ociosidad produjeron con frecuencia grande excitación en mi temperamento. Estaba inquieto, distraído, meditabundo; lloraba, suspiraba, y anhelaba un goce de que no tenía idea y cuya privación sentía sin embargo. Es un estado indescriptible y son muy pocos los hombres que pueden imaginarlo, porque la mayor parte de ellos se adelantan á esta plenitud de vida que causa tormento y placer á un tiempo, y ofrece en la embriaguez del deseo preliminar del deleite. Mi sangre enardecida llenaba sin cesar mi mente de niñas y mujeres; pero no acertando á dar con su verdadero uso, las empleaba extravagantemente en mi imaginación, sin saber hacer otra cosa, y estas ideas mantenían mis sentidos en una actividad muy molesta de que, por fortuna, no me enseñaban á libertarme. Hubiera dado la vida por hallar otra señorita Gotón durante un cuarto de hora. Mas ya era pasado el tiempo en que los juegos de la infancia conducían á esta clase de expansiones por sí mismos. Con los años habia venido la vergüenza, compañera de la conciencia del mal; se habia acrecentado mi timidez natural hasta el punto de hacerla invencible, y nunca, ni en aquel tiempo ni posteriormente, he podido hacer una proposición lasciva como no haya sido empujado por la iniciativa de aquella á quien la hiciese, aun sa-